

Un día muy especial

“...Hoy puede ser un gran día
imposible de recuperar,
un ejemplar único,
no lo dejes escapar...”

Fragmento de Joan M. SERRAT

Allá por 1967, con el regordete empleado que atendía las consultas en el Banco de Bariloche creo que nos caímos bien de entrada, como percibiendo una mutua corriente de simpatía y amistad. A los pocos días, al llevarle los primeros papeles, me invitó a salir a pescar juntos. Le dije que sí, aunque la mañana del sábado, cuando me pasó a buscar, quedé perplejo ante el despojado vehículo: un chasis de hierro pelado, con el motor descubierto en el frente, dos cajones de manzanas como asientos y un tercer cajón atado atrás para la parrilla, el asado, las cañas y los demás avíos de pesca. Para apoyar los pies, el acompañante debía alternar entre el caño de escape o acurrucarse contra el cajón, no fuera que se quemaran las suelas del calzado. Entonces, armé el reel sobre la caña, tensé un señuelo en el extremo, acomodé mis cosas lo mejor que pude, abroché bien mi gabán y subí en el cajón correspondiente, al lado del conductor, quien lucía un par de gafas oscuras y puso en marcha aquel engendro de automóvil absolutamente elemental.

Al rato, justo antes de cruzar el puente sobre el río Limay, sacó del bolsillo una llave que le habían facilitado y abrió una tranquera semioculta entre unos arbustos. A riesgo de resultar despedidos, encaró una despereja huella de carro y se fue acercando a la orilla del río hasta parar cerca de una gran pared de piedra, al reparo de algunos sauces. Pero pese a lo poco frecuentado

del lugar, quizás debido a que el día era demasiado radiante y luminoso, lo cierto fue que ni a la mañana ni a la tarde tuvimos pique.

Con los últimos resplandores del atardecer volvimos a trepar al chasis motorizado con cuatro ruedas y dejamos aquel hermoso rincón del río. Al retomar a la ruta asfaltada, nos llamó la atención que lucía despejada y había agentes de policía cerrando los principales cruces. Segundos después, un auto pintarrajeado, con escape abierto y tocando bocina, nos adelantó a toda velocidad. De repente, mi compañero se agarró la cabeza y exclamó:

- ¡La carrera! ¡Hoy es la carrera y estamos dentro de la ruta! ...

A medida que nos íbamos acercando a Bariloche, aumentaba la cantidad de gente; algunos nos miraban perplejos, otros nos silbaban y unos pocos comenzaban a aplaudirnos y vivarnos. Sintiendo una oleada de calor y vergüenza, apenas si atiné a subir más el cuello de mi abrigo y bajar la visera de la gorra para no ser reconocido, aunque después supimos que las transmisiones radiales habían tomado jocosa nota de nuestra inesperada irrupción en la prueba automovilística. Por su parte, mi nuevo amigo lucía entre eufórico e imperturbable, mientras mantenía una marcha rutilante y de tanto en tanto saludaba a la multitud con la mano levantada, sin advertir que el motor ronroneaba al máximo y el hirviente caño de escape hacía humear la suela de mis botines.

Afortunadamente, poco después de pasar el cartel de llegada entre cerrados vítores y aplausos, aprovechando un pequeño resquicio se desvió por una calle lateral y a las pocas cuadras paró, muerto de risa, para gritar:

- ¡No pescamos nada pero entramos segundos en la carrera!

Ni bien llegamos a la puerta de mi casa, me invitó a cenar, porque ya se había enterado que ese fin de semana yo estaba solo, igual que él. Luego de cambiarme, pasé a comprar un poco de fruta y una cerveza por el almacén de la esquina y me fui caminando hasta la calle Salta, que por ese entonces no estaba demasiado poblada. Desde el frente de su sencilla casita, al borde del barranco, la vista del diáfano y tibio anochecer era espectacular: abajo se divisaba la ciudad con sus murmullos, la iglesia catedral resplandeciente con los últimos reflejos de luz y parte de la costa del lago Nahuel Huapí, todo el conjunto enmarcado por el Cerro Villegas a la derecha, Las Mellizas al frente y el inmenso espejo de agua perdiéndose hacia el Oeste.

La pizza, echa a mano por mi anfitrión, tenía un aroma excelente. En un rápido ademán tomó un banco de madera y propuso comer afuera, respaldados sobre la pared del frente de su casa. Al costado, resguardado bajo un modesto tinglado, su precario automóvil se enfriaba tras el esfuerzo realizado, emitiendo esporádicos crujidos. Como si hubiera sido invitada exprofeso, la luna llena comenzaba a asomar a nuestra derecha, a la altura de la naciente del río Limay, justo por encima de donde habíamos intentado pescar horas antes.

Al terminar de comer las mandarinas, el dueño de casa sacó no sé de dónde una botella y sirvió dos generosas copas de licor casero. De golpe preguntó:

- ¿Te gusta la música coral? Tengo un disco muy raro de conseguir.

Lo acompañé hasta un tosco aparador de dos puertas, que al abrirlo, mostró un pandemonium con docenas de discos, cassettes y partituras que poco faltó para que cayeran al suelo con estrépito. Buscó afanosamente unos

segundos y sacó un disco de “larga duración”, que procuró ocultarme, aunque alcancé a ver que la cubierta era de intenso color rojo. Me mandó afuera, colocó la placa, subió el volumen y el impresionante Coro del Ejército Ruso empezó a tronar en aquella hermosa noche de mediados de primavera. Entretanto, la luna ya había dibujado su estela brillante sobre el lago y nos quedamos contemplando el fantástico espectáculo sentados en silencio, tomando algunas copas más de licor. Mientras, tenores, barítonos y sobre todo los bajos, junto con nuestras propias emociones, hacían vibrar los vidrios de puertas y ventanas.

Muy tarde, ya de madrugada, cuando la luna se había ocultado tras las nubes de la cordillera, llegué a mi casa. Aún no sabía que al poco tiempo abandonaría Bariloche para irme a vivir más al sur y que este día quedaría grabado como una cálida despedida de la ciudad. Tampoco podía presentir que muchos años después, al momento de escribir este relato, por más que me esforcé, no pude memorar el nombre de mi amigo. Pero sí recuerdo que mientras colocaba la llave en la cerradura, bastante mareado, tarareaba “O Chichornia”, aunque de inmediato me sorprendí divagando hacia la letra de su análogo tanguero “Ojos Negros”, dando así por terminado aquel día delirante...

*“Ojos negros y soñadores
de mis amores
dueños ellos son.
Ojos que encantan a mi alma
y que dan dulce calma
a mi fiel corazón...”*